Jordi Esteva

Los árabes del mar. Tras la estela de Simbad: de los puertos de Arabia a la isla de Zanzíbar

Barcelona, 2006, Península. 5º edic., 2009

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: Notas de lectura
Fecha de Publicación: 20/05/2013
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

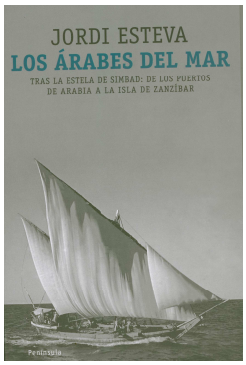
www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

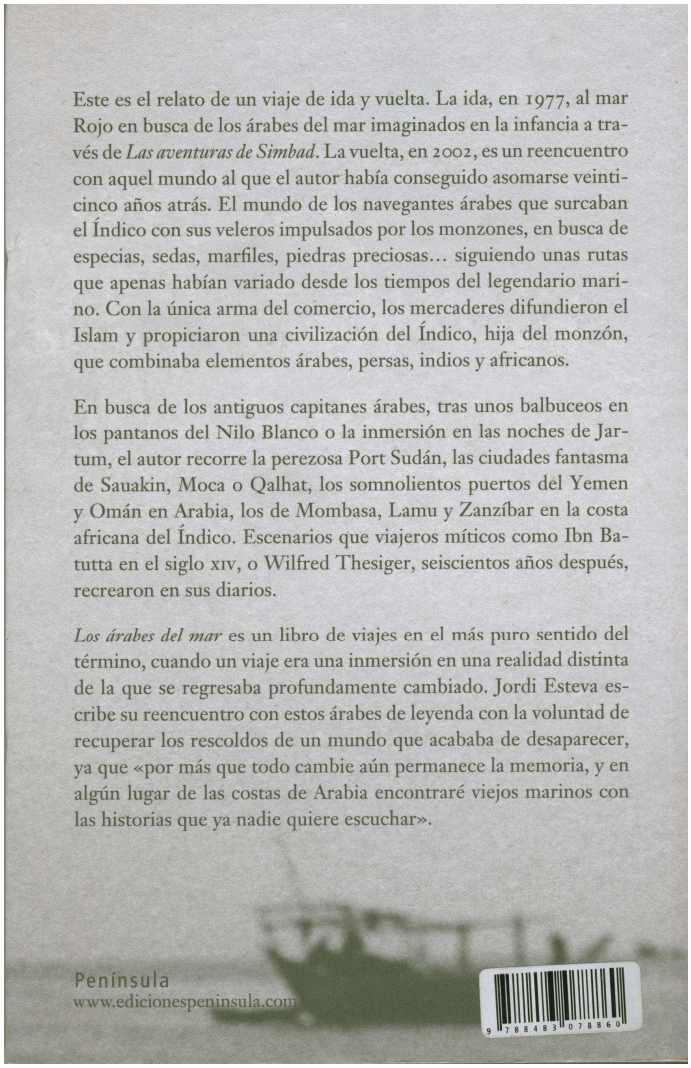
www.miramistrabajos.com

Jordi Esteva

Los árabes del mar. Tras la estela de Simbad: de los puertos de Arabia a la isla de Zanzíbar

Barcelona, 2006, Península. 5º edic., 2009





Este es el relato de un viaje de ida y vuelta. La ida, en 1977, al mar Rojo en busca de los árabes del mar imaginados en la infancia a través de *Las aventuras de Simbad*. La vuelta, en 2002, es un reencuentro con aquel mundo al que el autor había conseguido asomarse veinticinco años atrás. El mundo de los navegantes árabes que surcaban el Índico con sus veleros impulsados por los monzones, en busca de especias, sedas, marfiles, piedras preciosas… siguiendo unas rutas que apenas habían variado desde los tiempos del legendario marino. Con la única arma del comercio, los mercaderes difundieron el Islam y propiciaron una civilización del Índico, hija del monzón, que combinaba elementos árabes, persas, indios y africanos.

En busca de los antiguos capitanes árabes, tras unos balbuceos en los pantanos del Nilo Blanco o la inmersión en las noches de Jartum, el autor recorre la perezosa Port Sudán, las ciudades fantasma de Sauakin, Moca o Qalhat, los somnolientos puertos del Yemen y Omán en Arabia, los de Mombasa, Lamu y Zanzíbar en la costa africana del Índico. Escenarios que viajeros míticos como Ibn Batutta en el siglo XIV, o Wilfred Thesiger, seiscientos años después, recrearon en sus diarios.

Los árabes del mar es un libro de viajes en el más puro sentido del término, cuando un viaje era una inmersión en una realidad distinta de la que se regresaba profundamente cambiado. Jordi Esteva escribe su reencuentro con estos árabes de leyenda con la voluntad de recuperar los rescoldos de un mundo que acababa de desaparecer, ya que «por más que todo cambie aún permanece la memoria, y en algún lugar de las costas de Arabia encontraré viejos marinos con las historias que ya nadie quiere escuchar».

Península
www.edicionespeninsula.com

Un estupendo libro de viajes de un autor fronterizo, setentero y transicional, Jordi Esteva (Barcelona, 1951), periodista y fotógrafo. Verdadera literatura de avisos, a la vez, de amplia perspectiva y fuerza comunicadora.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

No podían faltar NADADORES en un texto así, que intenta abordar la deriva histórica y vital de unas gentes de las riberas del Océano Índico que evocaban con brillantez relatos míticos clásicos como el de Simbad de las *Mil y una noches*, y que el autor tipifica como los árabes del mar. Las migraciones de los árabes del sur de la península arábiga desde Yemen y Omán, por la costa oriental africana, la costa de los Zenj (la costa de los negros), generaron los sultanatos africanos hasta la rica Sofala del Oro, salida al mar del oro del Monomotapa, con los que se encontraron los portugueses a finales del siglo XV.
La irrupción de los portugueses primero y de otros europeos más tarde, aumentaron los conflictos trágicos y el mestizaje, con nuevos mitos globales como la Zanzíbar clásica y el comercio de esclavos que cada vez aparece como más central del nuevo mundo capitalista moderno. Con los procesos de descolonización del siglo XX, en el que se confrontaron a veces trágicamente etnias – árabes, negros – y creencias e ideologías, nuevas mitologías mestizas quedaron también en el aire, como la princesa de Zanzíbar Sayeda Salme que murió en Hamburgo, o el cantante Freddie Mercury, nacido en Zanzíbar de familia parsi de origen persa y al que erigen un museo en la ciudad (p.401).

NADADORES EN AGUAS DE ARABIA

Los primeros nadadores aparecen al sur del mar Rojo aún, entre Mokha y Adén, en un descanso del viajero de conocimiento y de contactos en un palmeral a orillas del mar en las tierras míticas del antiguo reino de Saba. Para más simbolismo, eran nadadores nómadas.

“Permanecí unos días en aquel palmeral junto al mar,
conviviendo con el viejo Jafar, su esposa y las dos niñas. Una mañana
llegaron unas familias de pescadores nómadas, de cuerpos esbeltos y sonrisa
muy blanca; las mujeres parecían más libres incluso que las de la Tihama,
y no tenían el menor reparo en vestirse con unas camisas largas ceñidas a sus cuerpos.
Hombres y mujeres se movían en el mar como peces y podían pasar mucho tiempo
sin respirar bajo el agua. Y sin embargo desconocían lo que era flotar
panza arriba, haciendo el muerto. Varios vinieron en mi ayuda creyendo
que había sufrido un colapso cuando estaba dormitando en el agua,
contemplando los nubarrones grises que pasaban de largo para descargar
en las montañas, a fin de que los yemeníes pudieran regar sus bancales
como venían haciendo desde la época de Saba.”
(p. 124).

En la tierra de Punt, es evocado el más antiguo nadador de la historia de la literatura, el del relato del náufrago del antiguo Egipto.

“Se trataba nada menos que del primer documento de la historia de la navegación.
Estaba escrito en un papiro, que se conservaba en el Museo del Ermitage
y que narraba las tribulaciones de un marino que viajaba a Punt.
A los dos meses de su salida de Tebas, cerca de una isla que bien pudiera ser

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Socotra, estalló una gran tormenta y el navío zozobró.
El marino, que alcanzó la isla a nado, fue el único superviviente.
Recaló en un lugar con gran abundancia de árboles frutales, mirra
y toda suerte de maravillas. Un día, escuchó el ruido de un trueno,
la tierra tembló y apareció una serpiente gigante, de azul lapislázuli,
adornada con oro y tocada con la barba postiza de los faraones,
que lo tomó en la boca y lo llevó a su palacio. Allí, la serpiente le dijo
que era el príncipe de Punt, se apiadó del náufrago y le perdonó la vida.
El marino, agradecido, tras postrarse ante la serpiente, le dijo que hablaría de ella
ante el faraón y que sería recompensada con fabulosos perfumes y esencias.
En aquel momento, el príncipe soltó una gran carcajada y le hizo saber
que ningún perfume de la tierra del Nilo podía compararse con la mirra del Punt,
y que además, tan pronto abandonara la isla, ésta sería tragada por las olas.
Dicho esto, recompensó al marino con grandes presentes:
inicienso, perfumes, mirra, maderas olorosas, marfiles, babuinos y otras maravillas,
y le permitió regresar a Egipto."
(p.214-215).

El mito de las islas que desaparecen, como la Trapobana que luego se identificó con Ceilán y en la que Tommaso Campanella situó su Ciudad del Sol, o que nomadean por el mar, como la isla de Venus de Camoens en Los Lusiadas, por esos mismos mares de la costa Zenj.

Otro nadador memorable que aparece en el discurso del relato y viaje es el de un americano cristiano, nasrani amrikani, capturado de niño por unos piratas y que llegó a ser cheij de Mirbat, una ciudad de Omán. Lo cuenta un capitán…

"- Hace más de cien años – inició su relato el capitán –,
un navío americano que se dirigía a la India fue atacado por unos piratas
que saquearon la nave y masacraron a toda la tripulación. Al llegar a puerto
encontraron escondido, tras una trampilla, a un chiquillo rubio como los rayos del sol,
que suplicaba:

- ¡No me matéis! ¡No me matéis!

Los piratas se apiadaron de él y lo llevaron ante un cheij de la tribu de los mahra
que decidió adoptarlo, pues su esposa favorita hacía poco que había perdido un niño
de la misma edad y se encariñó con él. Pasaron los años y aquel jovencito
se convirtió en un hombre piadoso y diestro, hasta el punto que le apodaron
Cheij el Abiat, o Cheij Blanco, y gozó de un enorme prestigio, llegando incluso
a comandar un pequeño ejército. Le llamaron Abdullah bin Mohamed
y, aunque no había olvidado su idioma, jamás quiso regresar a América.
Excepto, según cuentan, un día que se arrojó al agua intentando alcanzar un navío
europeo, siendo sorprendido y devuelto a tierra firme por los hombres
de su padre adoptivo. Años más tarde, recaló en Mirbat un navío americano,
pero para entonces se había casado y se sentía uno más de la tribu de los mahra.
A la muerte de su padre adoptivo se convirtió en el líder del clan, que dominaba
la costa del Zufar desde el Hadramaut hasta Mirbat. Murió en una emboscada
que le tendió un jefe de la tribu rival de los qara.
Cuentan que hasta hace poco, en algún lugar de la montaña aún vivía su nieta."
(p.237).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El autor del relato del viaje, Jordi Esteva, se convierte en nadador en una de sus despedidas de un paisaje; en este caso, una bahía solitaria:

"Me desvié por la pista de Sumhuram; no podía irme
sin contemplar de nuevo las ruinas de aquella ciudad que me había cautivado. Proseguí
hasta Jor Rouri, aquella bahía solitaria flanqueada por los dos farallones.
Pasé la mañana nadando en sus aguas esmeralda.
Por la noche tomaría el avión de regreso a Mascate."
(p.238).

En Omán se topa el viajero con ibadíes, una rama de los jarichíes, procedente de Basora, y que toman su nombre de Abdala ibn Ibadh; son igualitaristas y de las ramas menos estrictas o puritanas de estos disidentes extremos que son los jarichíes, disidentes para sunníes y chiíes y de hecho fuera de la comunidad musulmana, de la Umma. Otra sutil frontera: sólo quedan comunidades jarichíes, junto con estos ibadíes de Omán, en la isla tunecina de Yerba y en el Mzab argelino, la hermosa ciudad oasis de Gardaya. Pero el viajero va tras el rastro de los árabes del mar, cuyas hazañas marineras evocara un capitán iraní medieval llamado Buzurg en "Las maravillas de la India", y que arrancarían por lo menos desde el siglo IX en sus relatos míticos; precisamente la palabra Zenj para designar a los negros era de origen persa. Los sultanatos que fueron surgiendo en aquella costa, muy relacionados con el tráfico de esclavos medievales también, estaban en consonancia con la heterodoxia jarichí que permitía que cualquier musulmán pudiera ser califa al margen de su linaje y su color, y que había llegado a triunfar un día en Basora tras una rebelión de esclavos contra el califa abbasí de Bagdad. Pero al viajero y narrador le interesa llegar a los árabes del mar, a los árabes del monzón…

Aún en Omán el viajero y narrador, escuchó otra historia de nadadores de boca del marino comandante Moqadem Jamis, que de joven había salido en las fotografías del libro de otro viajero, Tim Severin, a quien había acompañado a China en una barco réplica de los dhows omaníes medievales, tras el mito del viaje de Simbad. Al evocar su vida, el ya viejo Jamis le narra un naufragio en el que se salvó gracias a su padre, gran nadador.

"- ¡El mar lo es todo para mí! – suspiró Jamis, mientras el dhow capeaba las olas,
que nos salpicaban con su espuma –. Mi padre era un pescador de Sur y poseía
un tipo de dhow bastante grande que aquí, como usted ya sabe, denominamos sambuk.
De crío, me llevaba con él para enseñarme los secretos del mar.
No tendría ni seis años cuando nos sorprendió una gran tormenta. Las olas
eran enormes, por lo que mi padre decidió que estaría más seguro en un ghanjah,
un tipo de dhow aún más grande, que estaba pescando cerca. Subimos
a una pequeña barca para el transbordo cuando un golpe de mar nos hizo volcar
y quedé bajo el casco. Mi padre, al-hamdulilláh!, era un gran nadador, y logró salvarme.
Me agarré a su espalda y, a nado, conseguimos alcanzar la playa.
Llegamos exhaustos. Yo temblaba de frío y estaba aterrorizado. Recuerdo
que mi padre me enterró en la arena para que entrara en calor;
sólo me dejó libre la nariz y la boca para que pudiera respirar. Así me salvé.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El tiempo empeoró y el sambuk acabó por zozobrar, pero gracias a Dios
todos los pescadores consiguieron alcanzar la costa."
(p.290).

Un viaje de salvación a nado, como el del relato de un náufrago egipcio. Los árabes del mar eran los árabes del monzón, vistos ahora desde la costa Zenj, con ritmos que se adentraban en los tiempos más antiguos, pues habían sido captados ya por el marino alejandrino que escribió el *Periplo del mar eritreo*:

"Cada año, con el monzón de invierno o kaskai, llegaban aquí los árabes
con sus naves repletas de sacos de sal, dátiles, tiburón en salazón, alfombras,
sedas y cuentas de cristal de la India y porcelana de la China.
Partían con el kusi, o monzón de verano, transportando esclavos, marfil,
ámbar gris, caparazones de tortuga, oro y troncos de manglar…"
(p.332).

NADADORES EN LA COSTA ZENJ

La irrupción de la modernidad colonial europea, primero con los portugueses y luego con otros países europeos, continuaron creando una historia mestizada y cosmopolita oriental tan sugestiva como la clásica medieval y tan cruel como ella, hasta el mundo contemporáneo con los nuevos estados africanos… La nueva realidad que el viajero y narrador va desgranando con mirada admirada y tierna hasta la conclusión final: "El mar era el camino".

A pesar de la degradación de muchas de aquellas ciudades de la costa africana del Índico, Lamu, Malindi, Mombasa, Pemba o Zanzíbar, a las que el viajero contempla con mirada evocadora y piadosa, la naturaleza sigue siendo imponente. En Yambiani, en Zanzíbar, "un ensueño de casitas bajas rodeadas de cocoteros, en una playa de arena blanca como la nieve…" cada día iban a bucear y a pescar. En la isla de Pemba, montañosa y selvática, otra hermosa evocación con un nadador en su centro:

"A lo lejos, entre el follaje, vislumbramos el azul del Índico. Nos dirigimos
hacia una playa de arena blanca, a la que asomaba directamente la selva.
Cherif buscó en el gran cesto y extrajo dos gafas de buceo. Creo que eran las aguas
más transparentes en que nunca me había zambullido, con una visibilidad asombrosa,
mayor aún que en el mar Rojo. Mirando hacia abajo, tenía la sensación de volar,
y casi me da vértigo contemplar en el fondo la propia sombra, varios metros más abajo.
Dos grandes peces loro surgieron de la nada, cruzando mi campo visual en diagonal,
para perderse lentamente en la inmensidad del océano."
(p.438).

En Lamu, en el puerto, niños nadadores entre el barullo de los dhows cargados hasta los topes y los asistentes a la fiesta del maulidi, sirve como ejemplo de esa evocación de la belleza inconsciente que el viajero capta y escribe y comunica:

"Cuando nos aproximamos al muelle saltaron al agua unos niños

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que nadaron hacia nosotros y se agarraron al dhow; otros lo hacían peligrosamente entre las lanchas a motor. En el embarcadero de Lamu era constante el ir y venir de los dhows cargados hasta los topes. No quedaba espacio para atracar un solo velero más, de modo que para desembarcar era preciso ir saltando por las bordas de los faluchos, dispuestos en batería, hasta poner pie en tierra, mientras los niños más atrevidos se entretenían lanzándose al agua, entre chillidos desde lo alto del embarcadero, a los espacios que durante unos segundos quedaban libres entre los cascos. Algunos ancianos y mujeres rollizas, cubiertas con sus negros buibuis, ascendían penosamente los empinados escalones de cemento gastado cubierto de algas, o eran portadas en brazos por hombres con kikois de vivos colores anudados a la cintura".
(p.450).

De nuevo, hermosa evocación de una realidad mestizada, tropical, caótica y vitalísima. Antes el viajero y narrador había lamentado ver a los orgullosos massai convertidos en vulgar atracción turística, y ahora, ante una frase de un interlocutor local, Cheij Arami, que comentaba con él la revolución nacionalista que condujo a la independencia de Kenia, un fragmento sintetizador nos dice más de aquella realidad que un concienzudo análisis académico:

"Hay una frase que dice que, cuando Zanzíbar toca la flauta, toda el África oriental baila.

- Pero ustedes, ¿se consideran árabes o suajilis?
- Hace unos años – titubeó – nadie de las antiguas familias hubiera dicho de sí mismo que era un suajili. Nos veíamos como árabes. Pero tras la independencia, comenzó a afirmarse la identidad suajili: ya no éramos árabes aunque su sangre corriera por nuestras venas, porque teníamos también sangre africana. Y… - buscó las palabras – los bantúes nos habían proporcionado nuestra lengua, que al contacto con la árabe derivó en suajili. Éramos ya algo nuevo. A lo largo de los siglos habíamos creado una nueva cultura, enriquecida con aportaciones de otros pueblos del Índico, sobre todo indios y persas. Hoy, aquí en Lamu, a no ser que se trate de las grandes familias, como los Nabhany, Jadhami o los Bedaoui, es difícil identificar el clan árabe del que se es oriundo."

En un paraje selvático de la isla de Pemba, en una vieja ciudad en ruinas con un guía local, Juma, el viajero y narrador se encuentra con restos de ofrendas a los shaytán, otro de sus asuntos de interés a lo largo del viaje, los rituales mágicos y las creencias en los espíritus y en los yins. Y en ese medio natural selvático y primitivo, mientras se guarecen de una tormenta en un pequeño chamizo, Juma evoca un episodio en el que aparece un grotesco nadador en una historia cruel, digna de las impresiones de África del enloquecido Raymond Russell.

"- En Chakwa vivió Mkame Ndune – contó Juma –. Era un monarca cruel que, cuando se le antojaba, obligaba a la gente a desplazarse postrados en el suelo, imitando los movimientos de la natación. También les hacía gritar por la nariz hasta que les salía sangre. Obligaba a los ancianos, que no tenían dientes, a romper las nueces de aceite de palma con sus encías.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Cuando una de sus mujeres embarazadas tuvo un antojo de comer hígado,
se lo dio y luego la abrió en canal para ver si el feto se lo comía. Cuando comprobó
que sobre la cabeza del feto había un pedazo de hígado, ordenó
que a todas las mujeres embarazadas se les diera lo que pidieran.
Hizo construir mezquitas y palacios y obligaba a los obreros a que, en lugar de utilizar
carretas, caminaran a gatas, cargando en sus lomos las piedras para la construcción.
Si no oía desde lejos cómo se arrastraban, ordenaba que les dieran latigazos."
(p.440).

> El hondón del vértigo de la barbarie como amenaza, captado aquí y allá. En un medio selvático con antiguas factorías en ruinas y puertos cegados por los manglares, aparecen, incluso, historias de animales nadadores, elefantes e incluso leones: "Algunos años, los leones también cruzan este canal a nado", le comenta uno de sus interlocutores, de los muy numerosos a lo largo del viaje, verdadera cadena de intersticios de nomadeo viajero. De manera harto simbólica, es precisamente la evocación de estos elefantes nadadores lo que cierra el relato, y ocupa de alguna manera el centro de la nostalgia de la despedida.

"Aquella noche, mi última noche, cenamos en silencio. Yo contenía la emoción.
Nos acostamos pronto junto al fuego, que por fin crepitaba con fuerza. No sé
cuánto tiempo habría pasado cuando desperté inquieto. La luna había salido
y estaba casi llena. Su luz era tan fuerte que se adivinaban los colores.
Miré alrededor: Cheij Nabhany y Abu Jana dormían. Entonces distinguí a Cherifu a lo
lejos, que me hacía señas. Me acerqué, se llevó los dedos a la boca para hacerme callar
e hizo ademán de que le siguiera despacio. Mientras la luna se escondía tras unas nubes,
subimos por el camino que llevaba a las ruinas, y al llegar a aquel túnel de zarzas
y euforbias, nos agazapamos. De pronto, las nubes se desgarraron para desvelar
una maravilla: a lo lejos, en un claro, una docena de elefantas
se dirigía a paso lento hacia la antigua Takwa. Sentí un escalofrío,
pero el capitán parecía muy calmado. Aquellos elefantes estaban acostumbrados
al olor del hombre, pues nadaban hasta la isla de Manda para comer las hortalizas
de unas shambas que se encontraban al otro lado de las ruinas.
Chrefu y yo dimos un rodeo en dirección contraria al viento para no ser advertidos
y aún los pudimos contemplar durante un buen rato, envueltos en un halo de plata,
mientras se perdían en el corazón de aquella ciudad encantada".
(p.495).

APÉNDICE I:
UNA CANCIÓN DE NADADORES DEL AMOR

> A lo largo del viaje, una canción de moda aquel verano había acompañado al viajero por la costa índica, que se titulaba *Mapenzi* y que al fin el viajero y narrador consigue que le traduzca el grumete Abu Jana.

"El grumete tomó en sus brazos la gallina que íbamos a sacrificar y mientras la mecía,
mirándola con ojos de cordero, le cantó:

Me estoy ahogando y ni siquiera me miras.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

No haces el menor esfuerzo por rescatarme de estas peligrosas olas.
¿Acaso no crees que me estoy ahogando?
Sí. Me estoy ahogando.
Ahogando en el océano del amor."
(p.494).

APÉNDICE II:
UNA YIN NADADORA

Ante el interés del viajero y narrador por las historias de yins o genios fantásticos de las creencias populares, Cheij Nabhany, uno de sus interlocutores de la última etapa de su viaje, le narra la historia de uno de sus antepasados, un tatarabuelo que vivía en la isla de Lamu. De joven se había casado con una hermosa mujer que resultó ser una yin, y con ella tuvo dos hijos y vivió en su reino de la abundancia, en el fondo del océano; pasado un tiempo, el antepasado deseó volver a la tierra con sus parientes, y la mujer yin accedió a acompañarle con la condición de que nadie entrara en la habitación de la casa que iba a habitar, condición que aceptó su esposo.

"Entonces la mujer yin ordenó a los peces que le trajeran ámbar gris,
perlas y corales valiosos. Nadaron a la superficie,
acompañados por los dos pequeños gemelos que habían tenido.
Con aquel tesoro compraron una casa magnífica y mi tatarabuelo se convirtió en mercader".

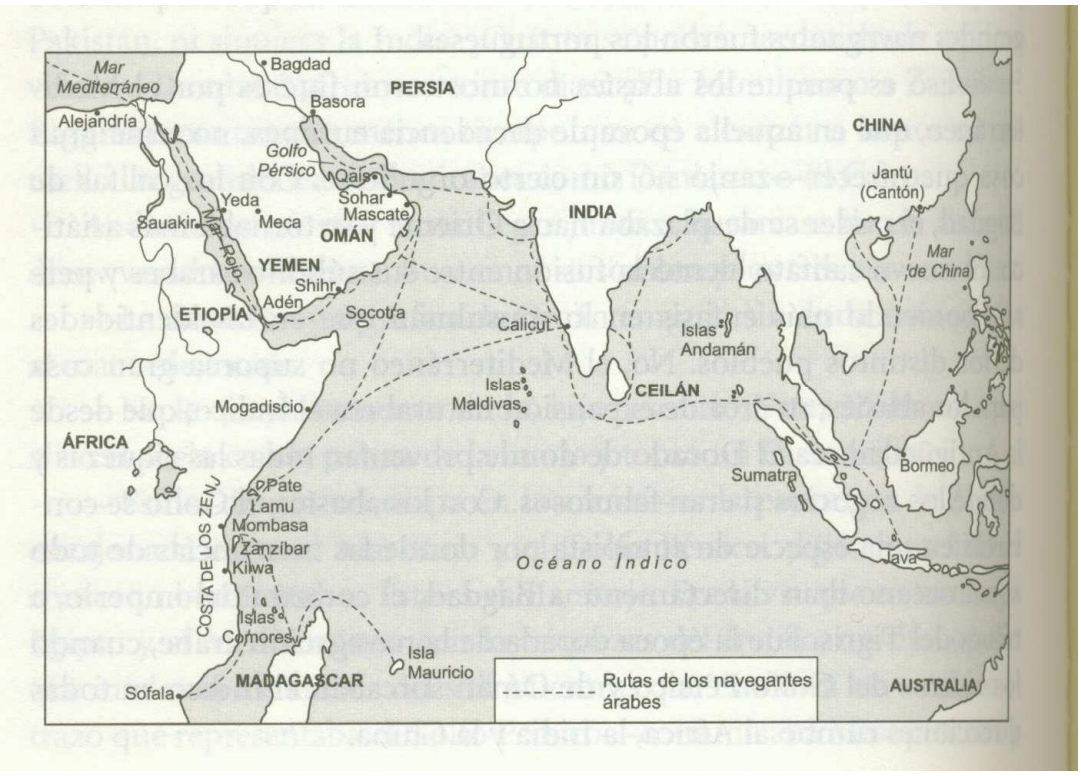
Por un accidente desafortunado, la condición puesta por la mujer yin no se cumplió, y ésta debió regresar al fondo del mar con los suyos. Este era el final del relato del cheij:

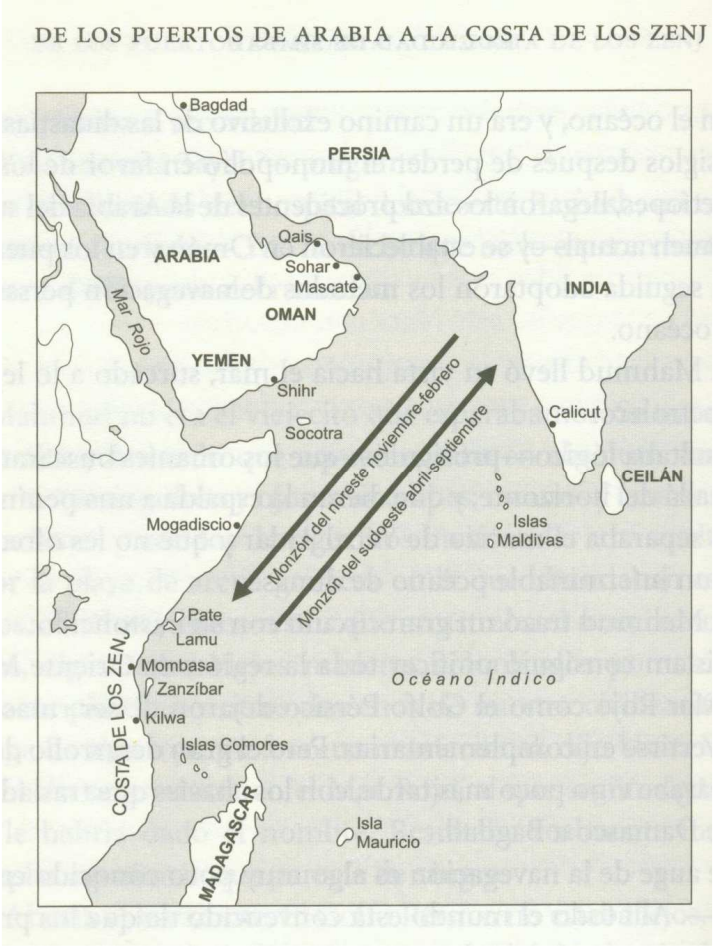
"La yin acudió junto a sus hijos y los colmó de besos. Tomó a uno de ellos de la mano y se lo llevó hacia el mar. Mi tatarabuelo se quedó con el otro. No intentó detenerles, sabía que resultaría inútil. Los vio desaparecer para siempre en las aguas.
Con el tiempo, Pame, que así se llamaba el niño que se quedó con mi tatarabuelo,
se casó y tuvo un niño, al que llamaron Hasán, que a su vez tuvo una hija,
que fue mi madre, Amina Abu Baker Cheij, y que una noche de grandes lluvias
me contó lo que te acabo de explicar".

APÉNDICE III:
Dos mapas de situación

He aquí dos mapas de la zona, incluidos en el libro, que pueden servir de referencia para el lector de este viaje por un área que Jordi Esteva considera tan clásica como el Mediterráneo desde el punto de vista de los contactos y encuentros culturales.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6





© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6